



Patricia Stambuk M.
Periodista, escritora

Contrapreguntas falsas y verdaderas

“¿Usted es casada?”, le pregunta el candidato José Antonio Kast a la periodista Macarena Pizarro. Ella no duda en responder que es divorciada, aunque con cierta sorpresa que alcanza a reflejarse en su rostro. Luego arremete Kast con otra pregunta y casi de inmediato aparecen en las redes algunas opiniones de severa crítica al candidato, afirmando que no tenía derecho a incursionar en la vida privada de la profesional y también surgen ciertos comentarios de colegas sobre el error de haber contestado.

“Un debate no es un juicio, es una oportunidad para interrogadores, interrogados y televidentes de detectar coherencias, contradicciones y hasta ignorancia”.

Estos son políticos, por el peso de sus dichos y acciones en la vida de las personas y del país.

Lo primero es la confusión que existe entre los comunicadores respecto a qué es una contrapregunta. He visto con sorpresa que un canal de televisión promovió un debate diciendo que sus periodistas hacían “preguntas y contrapreguntas”, confundiendo estas últimas con las preguntas de insistencia de los

colegas. En nuestra profesión no debiera haber estas nebulosas o falsos tecnicismos, por la falta de una formación rigurosa y sería recomendable al menos algo de investigación sobre lo que hacemos o debemos hacer en los medios de comunicación.

La verdadera contrapregunta fue la del candidato Kast. Ella lo interroga y él, en vez de responderle, le formula la contrapregunta, ¿usted es casada?, lo que suele demostrar cierta incomodidad del político o bien le da más tiempo para pensar en qué decir. ¿Debe responder el o la periodista al candidato? No corresponde. Si está alerta sobre este recurso dialógico del entrevistado, le dice amablemente que el rol de preguntar le pertenece. Y la entrevista seguirá su curso con las reglas del juego claras.

Los debates, más allá de las preferencias o simpatías, también debieran ser analizados con interés y a cabalidad en las escuelas de periodismo. Es preciso desmenuzar el interrogatorio, en lo formal y en sus contenidos, calificar la calidad y el tipo de preguntas, evaluar la actitud de quienes son los dueños del escenario y se dedican a veces a lucir su inteligencia o rapidez antes que a obtener la información a fondo que el público necesita. La mejor pregunta no es la más larga y latosa, con una introducción en la que casi no se distingue el propósito. Es la que tiene la virtud, en pocas palabras, de obtener la mejor información.

Un debate no es un juicio, es una oportunidad para interrogadores, interrogados y televidentes de detectar coherencias, contradicciones y hasta ignorancia, lo que sí ha ocurrido en varios casos, aunque respecto de una agenda repetitiva y que ha ignorado grandes temas de país.